



Negociantes del hambre

Sobre el crimen, la falsía

En la organización de la gran estafa material y moral de que es víctima el pueblo español, hay una parte a cargo de ciertos periódicos falangistas que, autorizados para ello, hacen semblante de denunciar desafiados de empresarios, comerciantes e industriales, causantes de las miserias que padecen los españoles.

A tal propósito se han venido publicando en estas últimas semanas unos artículos analizando los aspectos básicos de la economía española. De ellos, el periódico falangista «Arriba» hace el resumen en un editorial titulado «La economía española en unas pocas manos».

Lo que está bien claro en el curioso resumen es que quienes han tomado parte en la información han mostrado el estado desastroso de la economía española. De uno de esos informes dice el articulista que «demostró cómo éste (el capitalismo español) a través del grupo monopolístico elaborador de la remolacha, impide que los españoles puedan incrementar su ración de azúcar».

Frente a tanto desastre, frente a tanta inmoralidad, ¿cuál es la solución propuesta por el órgano oficioso del

francofalangismo? No es nada heroica ni autoritaria. Hela aquí:

«Decididos a huir de toda suerte de demagogias, no podemos ninguna acción rápida contra los monopolios españoles. Hemos decidido cargarnos de razón. Por ello proponemos, simple y sencillamente, que una Comisión estatal con poderes ejecutivos amplísimos en orden a investi- g., contabilidad, listas de accionistas, política de patentes, etc., estudie en breve plazo la conducta de los grupos monopolísticos españoles, dando publicidad inmediata, como se efectúa en los países más liberales del extranjero, a los resultados... Si esta Comisión queda constituida con un amplio y selecto grupo de técnicos y economistas, estamos seguros que los beneficios para los españoles se observarán inmediatamente. Las propias Empresas con tendencias monopolísticas, al ver los riesgos de mantener conductas demasiado egoístas, procurarán mejorar sus producciones en cuanto a precio, cantidad y calidad de modo rápido.»

Es decir, que ese «glorioso movimiento» que ha vertido ríos de sangre española para apoderarse arbitrariamente del poder, no tiene otro remedio que oponer a tanto desafío que dar publicidad —si es que llegase a ello— a los criminales chanchullos con la intención de que las propias empresas, por una especie de pudor, procuren por propia iniciativa mejorar de conducta. ¿Qué otra cosa puede prometer el «movimiento» contra sus empresarios que «financiarlos»?

Y así los demás periódicos a quienes ha correspondido ese despreciable papel. Un día (17 de julio), el semanario «Afán», refiriéndose al angustioso problema de la vivienda, proclama en grandes titulares que los alquileres son inaccesibles para el pueblo porque «los dueños de casas nuevas amortizan su capital en diez años». Otro día (21 de agosto), el mismo semanario, en titulares a cinco columnas, grita que «hay que barrer a los panaderos piratas», y a continuación, dice de esos panaderos que, con falta de coherencia, sobre de humedad y mezcla de harinas incomedibles, «se dedican a elaborar un pan infame, aprovechando, suponemos nosotros, que hasta las barrenderas de la tahona y agregando a la harina sustancias extrañas». Otra vez (28 de agosto) el referido «Afán» dice así en su primera plana: «Pero la verdad es que la leche que hoy se toma en ciudades, pueblos, aldeas y lugares de España es, en la mayoría de los casos, una verdadera porquería, no ya sólo desde el punto de vista alimentario, sino desde el meramente físico.» Y termina ese artículo sobre la leche diciendo: «Lo que no es negocio, sino declarado fraude, es vender por dicho precio un líquido elaborado a brazo, tan falto de elementos nutritivos como excedente en materias extrañas.»

Parece como si quienes hipócritamente profieren tales inectivas fuesen a terminar al estilo antiguo pidiendo un dictador con mano dura que pusiera fin a tanto desorden, a tanta inmoralidad, a tanta bandadaje. Pero no es así: ni puede ser así en el francofalangismo, pues fueron, precisamente esos inmorales y esos bandidos quienes buscaron un dictador desalmado para que defendiera contra el pueblo sus criminales intereses. Y, con ayuda del ejército y del clero, encontraron a Franco.

EMMANUEL H. Bloch, defensor de Ethel y Julius Rosenberg, recientemente electrocutados en la cárcel neoyorkina de Sing Sing bajo acusación de espionaje, ha publicado las cartas que se cruzaron entre dichos esposos a partir de Abril de 1951, cuando se les condenó a muerte, y las que ambos le dirigieron a él durante ese mismo período. Difícilmente habrá leído más patética.

Si Ethel y Julius fueron culpables, resulta asombroso cómo, sacrificándose, ampararon a sus cómplices, pues se les instó a denunciarlos diciéndoles, ya en trance de perder la vida, que esto les bastaría para salvarla. Si se trataba de inocentes, decididos a salvaguardar con heroica dignidad y hasta el último instante su inocencia, no sería lo peor la ofuscación judicial al condenar ni la ineluctabilidad presidencial al denegar el indulto, sino el estado de espíritu de una gran parte del pueblo norteamericano cuya presión casi imposibilitó la sentencia absolutoria primero y el otorgamiento de la gracia después.

Falta de seriedad

EN el resto del mundo fué vigoroso el movimiento de opinión a favor de los reos, pero en Norteamérica no adquirió fuerza bastante, aunque lo encabezaron grandes eminencias científicas y altas jerarquías eclesiásticas. El miedo hubo de paralizar a muchas personas que de otro modo hubiesen secundado la solicitud de perdón. La caza de brujas, según se dio en llamar a las investigaciones del senador McCarthy, no ha podido tomarse a broma. Tales payasadas se habrían sumergido en el ridículo de no existir considerables núcleos de ciudadanos previamente intoxicados para reputarlas serias y otros, más numerosos aún, que se atemorizan ante ellas.

Toda nación necesita servicios policíacos, pero un Parlamento dedicado a ejercerlos por sí mismo se degrada. Es inconcebible que Cuerpos legislativos atraigan hasta sí, para otros, a soplones entre cuya grey abundan embusteros vengativos y los cuales no se atreven a ser auditores que el de polizontes en busca de confidentes.

Esse pánico de origen parlamentario permite en los Estados Unidos, mediante violen-

Los Rosenberg Dos almas en una

Por Indalecio PRIETO

tas interpretaciones legales, abolir la libertad de pensamiento, convirtiendo en delitas las ideas. Se encarcela a comunistas por el simple hecho de serlo, sin actos justificativos del castigo. Y no paran ahí las cosas, porque si los comunistas pasan de esa forma a ser delinquentes, los socialistas están ya considerados incompatibles con toda clase de funciones en el Departamento de Estado, conforme manifestó recientemente, sin embargos y por escrito, Mr. MacLeod, jefe de los servicios de seguridad de dicho Departamento, a Mr. Norman Thomas, líder del Partido Socialista.

Todo ello produce una nerviosidad susceptible de incrementar la creencia de que la dirección del mundo democrático, en la cual es menester algo más que potencia industrial y predominio económico. Por lo menos, se precisa seriedad, y acaso faltó ésta en el proceso Rosenberg.

Desde luego no se ha dado prueba de ella a raíz del discurso de Malenkov ante el Supremo Soviet anunciando que también Rusia posee la bomba de hidrógeno. Un histórico análisis del pasaje concerniente a dicho anuncio, midiéndose palabras, puntos y comas con elásticas varas de alcañal comentaría, hizo preponderar el hincapié en la creencia de que todo era bluff. Malenkov había dicho sencillamente: «Los Estados Unidos no tienen el monopolio de la bomba de hidrógeno.» Nadie recordó que Molotov, probable redactor del discurso de su jefe actual, formuló idéntica afirmación respecto a la bomba atómica empleando exactamente la misma sobria frase: los Estados Unidos no tienen el monopolio. Ahora, como entonces, una explosión tras el anuncio ha puesto punto final a las conjeturas de increíbles sugeridas por el miedo, miedo que la certidumbre se ha encargado de aumentar.

Michael, el mayor de los dos pequeños hijos del matrimonio Rosenberg, visitó a uno de sus antiguos y la madre de éste, al saber quién era el visitante, lo expulsó de la casa. «Estoy enferma» —escribió Ethel a su esposo— por lo sucedido a Michael. ¡Es tan joven para sufrir esa crueldad salvaje! No podemos menos que horrorizarnos de la inhumanidad de castigar brutalmente a un niño indefenso que jamás hizo nada malo a nadie. Después de todo, no debe sorprendernos si consideramos la marea ascendente de desprecio a los derechos elementales del hombre que inunda hoy a este país. Tiene razón la madre ofendida: salvajismo, brutalidad, crueldad... Mas todo ello no se reduciría a miedo en la otra madre, en la ofensora, como también es fruto del mismo imperante en el Gobierno de Washington el menosprecio de los derechos del hombre?

Ethel Rosenberg, en una de sus últimas cartas al abogado Bloch, fechada el 27 de Mayo de 1953 y escrita bajo propósito de trazar normas para sus hijos, examina con majestad el problema del miedo. «Luchando incesantemente para vivir —dice— se llega a vencer a la muerte o, dicho de otra manera y en términos clásicos: «Nada hay que temer sino el temor mismo.» Decid a los B. (la familia que cuida de Michael y de su hermano Bobby) que deben impregnarse ellos de esta gran verdad para infundir a nuestros hijos su valor y el nuestro. Si nosotros, sus padres, no nos permitimos el lujo del sentimentalismo, menos deberíamos permitirselo ellos. Hay algo más difícil pero ineludible: es preciso que sean nuestra voz, nuestra fuerza y nuestro amor. Contra la roca de esa carga orgullosamente asumida, el odio que se ensaña en forma cruel contra dos inocentes niños acabará de seguro rompiéndose impotente. Consolad solamente a mis pequeños. No puedo evitar el sufrir espantosamente por ellos.»

Hojas del álbum de una agonía

ENTRE las cartas dirigidas por Ethel a Bloch, la que mejor dibuja su angustia seriedad es una de tres meses antes (9 de Febrero de 1953), la cual dice:

«Estas últimas semanas he ganado terreno una horrible noticia. Corren rumores de que debo ser perdonada haciéndome beneficiaria de una conmutación de pena en virtud de consideraciones humanitarias por ser mujer y

ser madre, mientras mi marido será electrocutado. Por otra parte, se espera que mis «secretos de espía» no morirán conmigo y que así tendré aún posibilidad de retractarme. En fin, se haría pesar sobre mis hombros la decisión acerca de la suerte de mi marido... De este modo se me ofrece ahora la vida a cambio de la de mi esposo. No tengo sino seguir la línea que caballerosamente se me ha trazado, dejándolo sucumbir... Esos salvadores me proponen un sepulcro para yo vivir en él sin estar viva y morir sin estar muerta. De día no conocería la esperanza y de noche no conocería la paz. Siempre vería la figura querida, imaginándome oír la voz amada. Siempre susurraría entre sollozos los últimos adioses desgarradores, tambaleándome bajo el peso de un asesinato irreparable. ¿Y nuestros hijos? ¿Qué vale esa vida que mataría a su padre adorado y liberaría a su madre condenándola a un vacío eterno? Prefiero acompañar a mi marido en la muerte a continuar viviendo ignominiosamente gracias a semejante favor. No deshonraré los vínculos del matrimonio, la dicha y la integridad de nuestro amor, para representar el papel de prostituta cerca de los fiscales políticos. Mi marido es inocente como lo soy yo. Ningún poder nos separará ni en la vida ni en la muerte.»

¡Admirable documento! Fundense en él virilidad y ternura, dignidad y amor, sentimientos que fulguraron en todas las misivas de Ethel, reveladora de una energía sobrehumana expuesta siempre con maravillosa elocuencia.

Tres semanas antes Ethel, examinando el movimiento mundial surgido contra la condena, había dicho a Bloch en otra carta magníficamente razonada: «Desde hace casi dos años mantenemos en esta mansión de la muerte la afirmación de que somos víctimas políticas de la guerra fría... La nación más poderosa de la tierra, atada de pies y manos, impotente, no rectifica porque siempre es mucho más fácil cometer nuevos errores

que reparar los antiguos... Esperamos bajo el cielo oscurecido por una fatality amenaza. Esperamos y no perdemos la convicción de que el sol brillará de nuevo sobre esta tierra donde hemos nacido, esta dulce tierra de libertad, esta América.»

Las cartas de Ethel a Julius, su marido, están bañadas de cariño. En la primera que le escribe (17 de Abril de 1951) desde la prisión de Sing Sing, adonde es llevada antes que él, escribe:

«Mi cerebro parece estar obnubilado bajo las miríadas de impresiones que se grabaron en el minuto a minuto, hora tras hora, desde que se me ha traído a una celda de condenados a muerte. Siento una necesidad irresistible de participar cuanto entorpece mi espíritu y mi corazón, aniquilando así la amarga realidad física de nuestra separación. Como ves, querido mío, héme aquí embarcada ya para la próxima etapa de nuestro viaje histórico... Registros de los niños están pegados a un pedazo de cartón, que sirve también de marco, y me dirigen deliciosas sonrisas cada vez que lo deseo.»

Julius es también trasladado a Sing Sing donde, a tra-

(Termina en la segunda pag.)

La labor de Trifón Gómez en América

El 17 de agosto se celebró una reunión en la Oficina C.I.O.S.-R.I.L. en Rio de Janeiro. Asistieron líderes sindicales brasileños en representación de nuestras centrales, afiliadas y fueron recibidos por el jefe de la Oficina, compañero Joviano de Araujo, y el compañero Trifón Gómez, enviado especial de la C.I.O.S.L. en el Brasil.

Se discutieron detalladamente los planes de trabajo futuro de la Oficina y también las funciones a desempeñar por nuestro enviado durante su permanencia en el Brasil. — C.I.O.S.L.

Comentario

Del desnudo y del crimen

LA Iglesia española no es del todo feliz a pesar del concordato que la consagra oficialmente como la administradora indiscutible de esa divina gracia que Dios ha otorgado a Caudillo. Todo le sonríe en los dominios diplomático y estatal y, sin embargo, es dentro de casa donde ella encuentra motivos de tristeza. «En la casa del padre muchas moradas hay», dice el más poético de los evangelios; pero en cada una de esas moradas es muy difícil hacer convivir los hijos ricos con los hijos pobres. ¡Si la Iglesia se hubiera dejado a disponer templos para los pobres y templos para los ricos! Pero ¿qué diría Dios desde su altura? Por esto la Iglesia española no se ha decidido por una resolución que al fin tendrá que adoptar, sobreponiéndose a un cristianismo romántico superado ya por estos tiempos caudillescos. Y es ella establecer en los templos un lugar para los fieles pobres, dejando el espacio principal para que los católicos ricos puedan lucir holgada y brillantemente su enojada devoción. No hacerlo así da lugar a una situación enojosa y difícilmente sostenible, descrita elocuentemente en «Arriba» de 1 de septiembre por un señor García Escudero que dice así: «No es verdad que, más todavía que la falta de generosidad, repelen al obrero un lenguaje, unas maneras, unos convencionalismos que (inofensivos e incluso lógicos, puesto que se adaptan a la clase social que casi exclusivamente llena los templos) hacen que el obrero en el templo no se sienta en su casa?... ¿Puede extrañar que él lo entienda como tracción a su clase? Y así, los que deberíamos abrir la Iglesia a nuestros hermanos en la práctica, y sin quererlo, la cerramos. Somos, sí, sus celosísimos defensores. Tan celosos, que acerbillamos al que se acerca a la puerta. ¿Buenos cristianos? ¡Desde luego! ¡Si hasta hicimos una Cruzada! Pero después nos hemos convertido en los espantapájaros del templo.»

Quedamos, pues, en que los obreros dejan el templo repetidos no solo por la falta de generosidad sino por el lenguaje y las maneras de los ricos. Así el templo adquiere tono más alto. No estaría mal si todo quedase en acto. Pero lo grave es que, entrando en su catedral el cardenal arzobispo de Tarra-gona se ha sentido tan escandalizado por la selecta concurrencia de ricos y de riquillos que no diremos que ha dejado estallar su ira, porque la ira es pecado, pero sí que ha arido en piadosa indignación. ¿Qué desnutidos son esas? Brazos femeninos por aquí, velludas piernas masculinas por allá; pero, sobre todo, esos escotes desde donde lanzan místicos destellos las cruces y las medallas. El señor arzobispo llegó a su palacio y fulminó sobre sus asustados feligreses, sobre los españoles todos, una severa pastoral. «Resultado intolerable —dice el cardenal arzobispo— que ostenten legítimamente insignias y medallas religiosas quienes de tal manera escandalizan a los fieles. Es preferible que las iglesias queden vacías a seguir manteniendo una falsa indignación.»

¡Las iglesias vacías! Comprendemos la indignación del cardenal y estamos a punto de darle casi toda la razón. También a nosotros nos disgusta la inelegante y cínica exhibición del desnudo. Pero para darle al cardenal la razón toda entera nos atreveríamos a pedirle que se serenase un poco y que, además de sobre el desnudo, repartiese su condenación sobre algunos otros pecados a los que Dios concedió más atención en el Decálogo. Acaso Su Eminencia, obsesionado por el desnudo, distribuye prodigamente sus bendiciones sobre criminales vestidos y engalonados. Malo es andar por ahí desnudo o desnuda, pero no es lo peor. Cuando Cain mató a Abel, parece que iba bastante desnudo; y, sin embargo, no por pecado de desnudez sino por asesino y por fratricida es por lo que lo maldicen las sagradas Escrituras.

Pedro GARCIA

¿Qué quieren esos socialistas?

Guerra fría y lucha de clases

Por Víctor Larock

del gran comercio, el foso se ha ido ensanchando constantemente.

¿Quién no ha comprobado, en Francia, el contraste que existe entre el nivel de vida de los asalariados, de los que viven del sueldo, de la masa de los trabajadores independientes, y la riqueza insolente de una minoría de privilegiados?

¿Quién no sabe que en Italia cerca de un millón de familias viven en alojamientos que no cuenta más que una pieza para tres personas (1), mientras que una parte de los fondos de asistencia es utilizada en la construcción de cines de propaganda?

¿Quién no ve que en Alemania el restablecimiento se ha traducido por una prosperidad en sentido único, que los «holding» y los «trusts» se han reconstituido cómodamente y que la formidable coalición nacional e internacional que se esfuerza en este momento por contener el acceso al poder, a la Socialdemocracia, no es otra cosa, primordialmente, que una conjunción de intereses?

En toda la extensión del mundo occidental, el drama de la guerra fría se dobla así con una lucha de clases en la cual el capitalismo, so pretexto de defenderse, tiene el papel de agresor.

Cerrar los ojos a este aspecto de la realidad internacional, es negarse a ver tales como son las políticas y las tácticas, las resistencias a toda negociación y a todo apaciguamiento. Una de las últimas declaraciones del canciller Adenauer es, a este respecto, bien característica: «Debemos ir —ha dicho— a la negociación a fin de destruir toda ilusión de las intenciones pacíficas de los Soviets.» Nada más fácil que hacer esta demostración: basta a plantear condiciones previas que aseguren el fracaso.

Los Soviets practican un juego peligroso especulando sobre este estado de espíritu.

(1) O sea el 10 por 100 de la población. (Informe de la Comisión parlamentaria italiana.)

Ellos también, a un proclamando su deseo de paz, se acantonan en la intransigencia. Pujan sobre la lucha de clases para intensificar en el bloque occidental a la vez la hegemonía reaccionaria y las oposiciones sociales. Cuentan con revoluciones. Que perseveren en esto, y es más probable que tengan la guerra.

Entretanto, ¿de qué sirve poner en evidencia la aberración de los medios occidentales, que no procederían de otra manera que como lo hacen si quisieran dar razón a los Soviets?

Son arrastrados a ello por los elementos que les dominan. Como el comunismo totalita-

rio, el capitalismo no conoce más que la ley de la fuerza: fuerza del dinero, fuerza del poder, fuerza de los ejércitos. Y es insensato, pero es lógico, que cuando las masas trabajadoras más profundamente adheridas a la seguridad se irritan bajo las coacciones capitalistas que les son impuestas, los conductores y los beneficiarios de la política de fuerza exclamen: «¿Qué quieren, pues, esos socialistas, que hacen el juego a los comunistas?»

Esos socialistas representan en Europa una clase obrera (Termina en la segunda pag.)

Recortillo

UN POETA DEL HAMBRE

En unas «cartas cristianas» que el jesuita padre José María de Llanos publica en «Arriba», dice así dirigiéndose «a un auxiliar administrativo»:

«Resulta así que usted cobra lo siguiente: sueldo base, 403,75, que con el aumento por carestía de vida, puntos, subsidios y cuarentas suma hasta 664,68, de lo cual hay que restar Seguros, Montepíos, etc., quedando en líquido, al final de mes, 594,68. (Toda esta aritmética, señores lectores que asistís al espectáculo de nuestro diálogo, toda esta aritmética es profundamente solemne.) Y bien; usted pasa al capítulo de gastos. Son cinco de familia y dos comidas solamente al día: en la primera, pan, arroz y patatas; en la segunda, patatas fritas y pan. Su cena está hecha al centimo, incluyendo el gasto de la sal y de la leña. El resumen de la cantidad irrisoria de 25,75 pesetas diarias en comer los cinco, (Antiguo Serrafin, que ganas tempo, pero me las aguantó, de hacer una comparación, por ejemplo, con lo que cobra cierto hotel en Madrid diariamente y por persona. Perdona que no se lo comunique.) Ahora bien; usted compara este gasto con su ganancia diaria de 19,82 pesetas, trabajando ocho horas a rajatabla. Y entonces me pregunta a mí... Y yo... he tardado un mes en contestarle.

Pero usted tiene derecho a seguir preguntando y respondiendo. «¿Y la habitación?» Me contesta: «Vivimos en una cueva, bajo tierra.» «¿Y la cama?» dormimos los cinco en la misma. ¿Y el lavado?, ¿y la ropa?, ¿y la educación de los chicos?, y... y...»

En ningún momento, cuando pinta sus cuadros de miseria, aparece en el escritor la más pequeña intención de protesta contra el régimen que ha «salvado» y que «engrandece» a España. No podría ello esperarse de un falangista. Lo que el padre Llanos ve en la miseria es la hermosa conformidad con que cree que la aceptan los españoles. El padre Llanos es el mismo que en el día de Santiago ofreció al Apóstol el hambre de España como «una de las flores más bellas». Es una especie de poeta del hambre. Pero así como hay poetas bucólicos que cantan el campo desde sus confortables despachos, hay también poetas que cantan el hambre desde sus comedores.

El Concordato Vaticano - Franco

Sola, completamente sola

ACABA de firmarse un concordato entre el Vaticano y la España de Franco. Este nuevo acuerdo estipula que:

«El Estatuto de los Españoles, que protege oficialmente a la religión católica, permanecerá en vigor en España. La profesión y la práctica de la religión católica, que es la del Estado Español, gozará de la protección oficial. Nadie será inquetado por sus creencias religiosas ni por el ejercicio privado de su culto. Ninguna ceremonia o manifestación exterior, aparte las de la religión católica, será autorizada.»

Este acuerdo no hace más que confirmar un estado de hecho existente antes de la República y restablecido bajo Franco.

La Iglesia católica romana es la única aceptada. Todas las otras concepciones filosóficas o religiosas son prosritas.

Los refractarios son asediados y perseguidos. Que tras esto los clericales nos hablen de libertad de cultos, de libertad de conciencia, de la libertad del padre de familia, de libertad sencillamente. No hacen con ello más que dar una prueba de tartu-fismo y acreditar que merecen ampliamente su suerte en los países en donde se les inflige el mismo trato.

«Eso prueba que con ellos no hay justicia, ni perdón, ni libertad cuando son los amos todopoderosos. Si han de pagar un día esta deuda en España, si la República de nuevo triunfante les devuelva la misma moneda, tendrán lo que le corresponde.

No será más que justicia y buenas cuentas.

A. GAILLY (L'Action, Charleroi.)

PROGRAMAS SINDICALES POR RADIO EN EEUU.

El CIO ha concluido un acuerdo con la American Broadcasting Company para la emisión de un programa diario de radio con comentarios de John W. Vandercok. Este programa, de quince minutos, será transmitido todos los días por ciento cincuenta estaciones radiofónicas. Prepara también para un futuro próximo una serie de emisiones de televisión. Desde hace varios años ya la AFL patrocinaba una sección radiofónica de noticias y comentarios por Frank Edwards.

Ciencia y Libertad

Los hombres de ciencia contra las fronteras

En Hamburgo se ha celebrado en los últimos días de julio un Congreso internacional que ha durado cuatro jornadas y al cual han concurrido más de un centenar de hombres de ciencia de 19 países bajo la divisa de «Ciencia y Libertad».

Al concluir las tareas, se envió un mensaje de saludo a los colegas de detrás de la Cortina de Hierro.

El Congreso fue presidido por el profesor Carlo Schmid, diputado socialista alemán, vicepresidente del Bundestag.

Desde la sesión inaugural se puso de relieve que en todos los tiempos la ciencia no había conocido fronteras. La muerte de Arquimedes en Siracusa fue deplorada por los propios vencedores, los romanos.

Ha sido necesario el advenimiento de los sistemas totalitarios para que se cerraran las fronteras a la ciencia y no sólo eso, sino que en los países totalitarios se imponen a los hombres de ciencia grandes restricciones y se les obliga a subordinar su trabajo y sus investigaciones a intereses militares y económicos.

Juicios ajenos

Las palabras y los hechos

«La extirpación de los intelectuales, la violación de la conciencia, la salida en masa de los mejores ciudadanos hacia el exilio... ¿Quién enumera estas calamidades? Franco. Sus palabras se refieren a España; pero a lo que España hubiera podido ser... si la República hubiese vencido».

En ese mismo discurso, pronunciado con ocasión de su reciente visita a Vitoria, una de esas provincias vacías que han sido privadas por el régimen franquista de su autonomía, forma moderna de sus franquicias tradicionales, el Caudillo ensalza los esfuerzos de su Gobierno por realizar «las aspiraciones de las regiones» y —añade— «para traducirlas en planes de gobierno con visos de multiplicación de sus bienes, de sus fuentes de producción y de sus riquezas».

Sobre el área de la política exterior, Franco declara que «concluido el tratado de amistad con todos los pueblos libres», y que entiende «volver a colocar a España en el rango de nación que debió salir y reintegrarse en el concierto de las naciones, no como una asociada pasajera o de segunda zona, sino como una asociada principal gozando de todos sus derechos».

En ese pasaje, Franco plantea la candidatura de su Gobierno a la N.A.T.O. y a la O.N.U. Pero aun en este plano la realidad no va plenamente de acuerdo con las palabras del Caudillo.

El Partido Laborista británico va a reunirse en un Congreso nacional anual los días 28 de septiembre al 2 de octubre, en la ciudad de Margate.

Imprimirse Especial de EL SOCIALISTA

Gérant: R. DONAS

30, rue Sainte — Marselle

Así se escribe la Historia

ESTÁ visto que a los norteamericanos no les ha llamado Dios por el camino de la diplomacia. Lo contrario sería pedir demasiado a quienes por otro lado ha dotado de condiciones estupendas para el negocio del algodón y la explotación de pozos petroleros. No obstante nótese en ciertas capas de la sociedad norteamericana un afán de día en día creciente para llegar a ser serios competidores de aquel ministro de Napoleón más famoso por su conducta sinuosa que por su cojera.

Son signos del tiempo. De los buenos tiempos de una postguerra que ha visto disminuir el poder de las naciones como Francia, Inglaterra, tanto como ha crecido el de Washington.

Ello ha permitido a los norteamericanos darse un porteo a estas alturas no está resultando a los europeos molesto. Porque, reflexión hecha, Europa habrá disminuido, a consecuencia de la pasada guerra, su potencial económico, pero conserva íntegro otro no menos estimable, y quizás más estimable aún, el de su capacidad administrativa, intelectual y de gobierno.

Con lo que queremos decir que las intronismos — como acaba de hacer mister Foster Dulles con relación a las pasadas elecciones en la Alemania occidental — en los asuntos internos de nuestro continente más pecan de impertinentes que de otra cosa.

Los americanos están obsesionados en hacer de Europa una trinchera sólida de los Estados Unidos, y para conseguirlo, para conseguir que sobre nosotros caigan las primeras bofetadas que se han de repartir caso de que una nueva guerra venga a destruir lo poco o mucho que quede de nuestra vieja civilización, no se escatiman medios ni presiones para hacer realidad este proyecto defensivo que se ha concilio en la sesera del Estado Mayor norteamericano.

«Locutor: ¿Cree usted que España sería un aliado en el que se podría confiar enteramente. España es un país cristiano y católico. En otras palabras: sus conceptos de la moralidad cristiana son contrarios a las concepciones paganas y monológicas que los rusos profesan. Los españoles lucharon con bravura y bien durante la guerra de Liberación y sus actuales efectivos en hombres son veteranos de aquel período».

«Locutor: Muchos americanos lucharon en las brigadas internacionales contra Franco. ¿Cree usted que estaban equivocados? Willoughby: Me alegro que haya hecho usted esa pregunta. Yo calificaría como un triste capítulo de nuestra historia aquel en que se les dio: «on facilidades de pasaporte a nuestros ciudadanos para participar en una guerra extranjera, aquel en que se toleró que se reclutara en nuestro país una brigada, parte de las llamadas brigadas internacionales, y que fuera llevada a España a tomar parte en aquella guerra de Liberación».

«Locutor: ¿Cree usted que hoy existe libertad en España? Es Franco un fascista? Willoughby: Encuentro difícil hacer una definición de España cuando usted me da a elegir entre libertad y fascismo. Diganos que la cuestión está entre un Gobierno revolucionario tal y como el que habla en el 36 y un Gobierno estable como el de hoy. Franco es tan buen administrador como buen militar profesional... Mi consejo sería ignorar por completo la cuestión de las formas de gobierno y mi-

visita a YUGOSLAVIA Una delegación de los Juventudes Socialistas de Francia llegó a Belgrado el 28 de agosto con el fin de pasar varios días en este país como invitados de la Juventud Yugoslava.

Entre los viajeros figuraron los compañeros Pierre Mauroy, secretario general de las J.S.S. francesas, y Philippe Vial, Claude Fil y Pierre Valade, miembros de la Ejecutiva nacional.

A propósito del nuevo Concordato

Por Miguel PEYDRO

desde Roma. A esa fuerza inmensa, disciplinada, activa, infatigable, que por sí sola se martine, se unen los millones de seres que, aun no siendo católicos, ven en el Vaticano la muralla que detiene todo movimiento de avance, de progreso, de libertad en el mundo. Y frente a la democracia política, social, industrial, obrera, se alza inflexible, empleando cuantos procedimientos que le son oportunos para lograr sus fines, ese coloso hasta hoy imbatido que es el Vaticano.

Esa potencia excepcional está consolidada por cuantos, católicos o no católicos, se identifican, se unen, se solidarizan y actúan por algo que para ellos es más fuerte y estimable que la religión: sus intereses. Por eso no es aventurado afirmar que el Vaticano es la más vasta organización de intereses que actualmente existe y su influencia se extiende hasta límites insospechados, asombrosos, fantásticos.

La estupidez, hoy a la moda, de las gentes, se escandaliza todos los días de las «quintas columnas» constituidas por los partidos comunistas, y en cambio asiste impasible a la conquista permanente, sin cesar acrecentada, de esas otras «quintas columnas» constituidas por cuantas organizaciones, de la índole que fueren, sólo miran a Roma y obedecen sin titubear, sin discutir, los dictados de allá.

La enorme importancia que en las relaciones internacionales tiene la Santa Sede hace que ésta sea muy cautelosa en su acción pública. Cautela que es prevención, cuidado, precaución, temor al escándalo. Cautela que muchas veces puede significar doblez, hipocresía. Pero cuando el momento crítico esperado llega, la cautela se desmenuza y aparece en toda su realidad y

rar a cada Gobierno desde el punto de vista de si es solvente, si cumple sus compromisos y en un momento de apuro puede convertirse en un aliado eficiente y en el que se pueda confiar. España llenará estas condiciones en todo momento».

Esto y algo más declaró el general Charles Willoughby sin que al parecer el rubor haya coloreado sus mejillas de estrategia probado. Si no nos tuvieran tan acostumbrados ciertos elementos directores de la política norteamericana a estas palinodias que les incutían moralmente ante millones de hombres que detestan el fascismo por haberlo soportado durante muchos años en todos los pueblos de Europa, habría que indignarse seriamente. Conviéndonos, no vale ni siquiera la pena. Eso sí, señalarles al gran público si, para por lo menos tener el gusto de ver cómo se convierte en motivo de mofa de las personas sensatas.

«Que se salven los principios aunque se hunda la República», exclamó en estos o parecidos términos Salmerón allá por los tiempos de la primera República española. Y los yanquis, por no ser menos, han ido más lejos. Han hundido los principios y la República, y ahora esperan hundir todo cuanto esté a su alcance con tal de que los Estados Unidos del Norte gocen de buena salud.

En este doloroso período de la postguerra, en el que tantos acontecimientos se han sucedido y tantas enseñanzas se han desprendido de la conducta de ciertos hombres y Gobiernos llamados democráticos, una constatación se hace obligatoria: la de que para conseguir sus propósitos, los pueblos oprimidos, los que soportan una dictadura soez contra su voluntad, no deben poner sus esperanzas más que en sus propios medios y en sus propias fuerzas para conseguir la libertad, primer objetivo de una serie de ellos a conseguir. Porque lo que han hecho las democracias para demostrar lo contrario, a la vista está.

«Los dictadores hacen y obran, las democracias protestan», y no ha marrado en el juicio Koestler al añadir «que esta es una división del trabajo que parece satisfacer a todo el mundo». El bobo de Coria diría que mientras los dictadores se ponen el mundo por montera, a las democracias se les va la fuerza por la boca. A Hitler y Mussolini los ha matado sus errores. De no haberlo cometido vivirían hoy como vive el que de aprendizaje de brujo se ha convertido en «defensor» indispensable de la democracia estadounidense.

A las palabras del general Willoughby —y a las de otros— nos remitimos.

Luis HERNANDEZ

Un Concordato de guerra civil

(Viene de la cuarta pág.)

esta premisa, lo demás se dará por añadidura.

El actual ministro, Ruiz Jiménez, debió pensar que por ser dirigente de «Acción Católica» —por lo que presidió «Pax Christi»— y por haber sido Embajador en el Vaticano, la Iglesia se fiaría de él. Pronto saldría de su error. En cuanto se permitió, en octubre de 1951, anunciar que iba a reformar la segunda enseñanza o enseñanza Media. El ministro pudo hacer cuantas declaraciones quiso; pudo pedir asesoramiento a los rectores de las Universidades; pudo pedir al Consejo de Educación que le redactara el proyecto de ley; pudo llevarlo a las «Cortes» para su «discusión» y aprobación... Todo eso no tenía importancia. Lo que valía es lo que dijera la Iglesia, y la Iglesia habló. Primero, para recordar que había un Convenio con la Santa Sede y que todo lo referente a enseñanza era materia concordada. Y, después, para que le enviaran el proyecto de reforma.

Se le envió. Fue examinado por la «Confidencia de Arzobispos» celebrada en abril de 1952. Y la Confidencia de Arzobispos rechazó el proyecto en cuestión. Modificó el ministro «su» proyecto y lo envió de nuevo a la «Confidencia de Arzobispos», que se volvió a reunir, en Barcelona, durante el Congreso eucarístico, en junio de 1952. La Confidencia hizo otro texto, que envió al Vaticano. Y ese texto es el que discutieron las «Cortes». Porque se permitió algún procurador, en una enmienda, rozar los artículos aprobados por la Iglesia, se retiró el proyecto y se envió otro vez al Vaticano. Por fin, el 30 de febrero de 1953, fue votado. Es posible que el ministro y los procuradores crean que son ellos quienes han legislado. En todo caso lo que se ha aprobado es lo que la Iglesia quiere. La Iglesia obtiene en materia de segunda enseñanza muchos más privilegios que los que hasta entonces había conseguido. Desde luego, no falta el clásico artículo —esta vez es el 2— que dice: «La enseñanza Media se ajustará a las normas del dogma católico y de la moral católica y a los principios fundamentales del Movimiento Nacional».

«El Estado —dice el artículo 4— se ajusta a las enseñanzas y sus tareas educativas a los puntos programáticos del Movimiento Nacional». «La Universidad española —añade el artículo 6— se coloca bajo la advocación de Santo Tomás de Aquino, el día de cuya fiesta no será lectivo y se solemnizará con actos religiosos y académicos». Y el artículo 9 repite: «El Estado español reconoce a la Iglesia, en materia universitaria, sus derechos docentes conforme a los sagrados cánones y a lo que en su día se determine mediante acuerdo entre ambas supremas potestades».

EL PORVENIR DE LA NACION ESPAÑOLA

TODAS esas reformas, todos esos artículos, todas esas alusiones al misterioso «Derecho canónico» y a la omnipotente «Ley de Dios» con que se sale del paso con tanta lealtad para poder tener legítimos más libros aún, se traduce en lo siguiente: En la escuela primaria se reza a todas horas. Al comenzar y al terminar las clases. Se reza la oración cristiana y se reza la oración falangista. Los cursos de religión son obligatorios en las escuelas primarias, en los Institutos y en las Universidades. ¡Hasta en la Facultad de Ciencias! Las fiestas religiosas o no abundantisimas. Cada Facultad, cada centro docente, tiene su patrono o patrona, un santo o una virgen. Hay servicios espirituales obligatorios para todos, para los alumnos y para los profesores, a base de los «Santos Ejercicios para enfermos» de Ignacio de Loyola. Hay inspección religiosa, censura eclesiástica para las publicaciones, para el teatro, para el cine. Hay «Índice de libros prohibidos». Para ser profesor, para ser maestro o para ser inspector primario, ya no basta con traer certificados de Falange, o de haber pertenecido a la División azul o de haber sido Caballero cautivo. Ahora se necesita además y sobre todo, el beneplácito del todopoderoso «Opus Dei».

El panorama es aterrador. No enseñar nada que pueda rozar el Dogma, que esté fuera del Dogma y mucho menos contra el Dogma. De ello se encarga la Iglesia. Para eso tiene sus establecimientos docentes que, por ser filiales de una sociedad «perfecta», han sido reconocidos por el Estado. Para eso ejerce además la inspección en todos los centros del Estado y hay siempre un sacerdote en los tribunales de examen.

«Este nuestro próximo número da cuenta de los problemas tratados en este importante Congreso».

Yugoslavia, tierra de experiencia

(Viene de la cuarta pág.)

faire» Stepinac, la dictadura del partido único, el sistema policíaco... «Si el deber de todo democrata —escribe Jules Moch; citemos estas cortas líneas características de su manera— es hoy no hacer nada que, debilitando a Tito, arriesgara a reforzar sea a Moscú,

Esta suma de «pequeños hechos verdaderos», como decía Stendhal, bastaría para mostrar el interés de un libro sin equivalentes en la hora actual, aunque un poco seco en su precisión si hubiera de quedarse ahí. Mas la última parte es apasionante. Con el mismo rigor de notación, pinta el drama humano —incomparablemente exaltador— que se juega desde la liberación en este país de dieciséis millones de hombres y mujeres, repartidos en un mosaico de grupos étnicos, lingüísticos y religiosos.

Cuatro capítulos titulados «Militantes del régimen», «Tito y sus ministros», «Adeptos, neutros y opositores», «Meditaciones», componen la evocación. Resulta difícil para todo socialista que no mida el Socialismo a la escala de su propia vida, sino a la de varias generaciones pasadas y por venir, un prodigioso esfuerzo que une a los pueblos de Yugoslavia. Lo que Jules Moch escribe del ardor, de la voluntad y de la disciplina en el cumplimiento de la obra colectiva; lo que dice de «la fiebre de la instrucción», las páginas que consagra a la concepción de la democracia y también a «las masas silenciosas» y a los opositores, hacen entrever un mundo nuevo, atravesado de luces y de sombras, de esperanzas, de decepciones y de luchas cotidianas, donde la juventud occidental encuentra razones para reaccionar contra tantas influencias que sofocan en nuestros países, lo que ella, lleva en sí de mejor: el instinto igualitario, la fe revolucionaria, el coraje del don de sí al servicio de una gran causa.

«Este pueblo tiene en su porvenir una fe invencible que le permite empeñarse con audacia en esta edificación de un régimen más justo, más humano que los que oprimieron a sus padres y abuelos.» Tal es la conclusión del libro. ¡Dichosa Yugoslavia a pesar de su pobreza y de toda la incertidumbre de su destino!

V. L. («Germinal», Bruselas.)

En 1931 la República hubo de denunciar el Concordato de 1851 por la actitud de franca hostilidad al nuevo régimen mantenido por la Iglesia. El convenio de 1953 es una reproducción casi literal del firmado por el Gobierno de Isabell II. Desde 1939 el Gobierno de Franco se ha esforzado en diversos momentos en negociar un acuerdo general con el Vaticano. Este, sin embargo, nunca accedió a las pretensiones franquistas, y se creía que esa actitud era dictada por el Vaticano sólo concedía al Gobierno de Madrid un carácter provisional y que por ello era preferible esperar a que un régimen verdaderamente representativo se estableciera en España. De ahí que los franquistas sólo obtuviesen acuerdos limitados en sus tentativas de 1941, 1946 y 1950, es decir, en los momentos cruciales para el régimen. En el Concordato de 1953 no aparecen grandes novedades, pues su contenido es el habitual en los tratados establecidos entre el Vaticano y las potencias temporales; derechos de la Iglesia, matrimonio canónico, educación católica, fuero eclesiástico, bienes del clero, unidad religiosa del país, vigencia del Código de derecho canónico (Codex Juris Canonici)... El tratado reciente sanciona también la protección de las actividades de Acción Católica, autoriza el empleo de la lengua española en la Congregación de Ritos, restablece la jurisdicción del Tribunal de la Rota (funcionaba ya este Tribunal desde el «Motu Proprio» papal de 7 abril 1947). Consagrando el convenio la completa unión y la recíproca solidaridad de la Iglesia católica y del Estado franquista, su aspecto más importante es la entrega total y sin condiciones que hace el Gobierno fran-

Director: Gabriel PRADAL
69, Rue du Trau. — Toulouse
Tél. CAPIOTE 25-22

PARA EL MAYOR BIEN DE LA VIDA RELIGIOSA Y CIVIL...

El jueves 27 de agosto, en la sala de congregaciones del palacio apostólico del Vaticano, la Santa Sede y el general Franco, tras invocar la Santísima Trinidad, firmaron un Concordato. Según el documento oficial, el Concordato se firma «para el mayor bien de la vida religiosa y civil de la nación española».

La firma del Concordato ha producido cierta extrañeza en los medios internacionales y ha dado lugar ya a no pocos comentarios. La extrañeza se explica. No porque la Santa Sede y el general Franco hayan llegado a un acuerdo, sino por lo mucho que han tardado en firmarlo y por el momento que han elegido para hacerlo.

«¿Cómo ha de sorprender a nadie que la Santa Sede y el Caudillo de la Cruzada estipulen un Concordato? Lo que extraña es que hayan tardado más de catorce años en firmarlo. Las negociaciones comenzaron por iniciativa de Franco, al día siguiente de su «victoria», es decir, en abril de 1939. ¿Qué dificultades han provocado el retraso, o qué razones han podido aconsejar...

al Vaticano no formalizar hasta ahora un matrimonio que, de hecho, existía ya? Porque el matrimonio, la identificación entre la Santa Sede y el régimen francofalangista no ha sido desmentido nunca; antes al contrario, se ha afirmado constantemente.

Cuando se sublevaron los generales perjurios, desencadenaron la pavorosa guerra civil que ha costado cerca de dos millones de muertos, la Iglesia no permaneció neutral. Con el proverbial espíritu evangélico que a nosotros tiene acostumbrados en España, se puso fervientemente de parte de los sublevados. ¿Cómo podía ser neutral la Iglesia si participó efectivamente en la preparación del complot? La Iglesia no fué neutral, no; fué un beligerante fascista más.

El primero de julio de 1937, por iniciativa del Cardenal Primado, Monseñor Gomá, todos los obispos españoles, menos tres, lanzaron la famosa carta colectiva en auxilio de la rebelión. Es la carta en que conceden el nombre de «Cruzada» a la traición y califican la guerra fratricida de «plebiscito armado». La carta colectiva de los obispos españoles, la tan desdichada carta, quedará como modelo de literatura evangélica.

Los obispos se convirtieron en propagandistas de la Cruzada. Aprendieron a saludar «levantando el brazo, a lo falangista». Las tropas españolas, moras, italianas, portu-

La Santa Sede y Franco

Un Concordato de guerra civil

guesas y alemanas que constituían el ejército nacional, fueron bendecidas antes de entrar en combate. Son muchos los sacerdotes que, resultando la tradición de los curas trahucos, se distinguieron por su ferocidad en los frentes matando «rojos». Y los que no fueron al frente, los que quedaron en la retaguardia, compartieron su espiritual ministerio con las tareas menos espirituales de la delación. Y desde el púlpito, con unción evangélica, excitaron a la matanza de los que consideraban «herejes».

Quien es hoy Pío XII y en aquel entonces era cardenal Pacelli, no escatimó tampoco esfuerzo alguno para favorecer a los sublevados. Yo tuve ocasión, por el cargo que entonces desempeñaba, de interceptar un telegrama del Vaticano, en Valencia, sobradamente significativo, dirigido al Gobierno vasco.

Y cuando la guerra civil termina, cuando el Caudillo de la Cruzada, para conmemorar la victoria obtenida sobre su propio pueblo, ofrenda sacrilegamente a la Iglesia su espada manchada de tanta sangre inocente derramada, la Iglesia, representada en aquella ocasión por doce prelatos presididos por el Cardenal-Arzbispo de Toledo, acepta tan preciosa reliquia y bendice al salvador de España.

CATOLICOS CRISTIANOS Y CATOLICOS FRANQUISTAS

Si esa fué la actitud oficial de la Iglesia española durante la guerra civil, ello no quiere decir que toda la Iglesia y mucho menos todos los católicos, estuviesen con los rebeldes. Con la República y contra los faciosos hubo y hay muchos católicos, seguramente los más sinceros. En el Gobierno de la República hubo durante la guerra ministros católicos. Nadie ignora la gran cantidad de católicos, sobre todo en las provincias vascas, que lucharon contra los insurrectos. En la emigración murió el Arzobispo de Tarazona, Cardenal Vidal y Barraquer, que se negó a firmar la carta colectiva de 1937. En la emigración vivió durante muchos años el Obispo de Vitoria, Monseñor Mujica, que también se negó a firmar la tantas veces citada carta colectiva. El propio Monseñor Mujica, en su documento «Imperativos de mi conciencia», fechado en abril de 1945, dice textualmente: «La lógica simplista de las masas que clasifica entre sus enemigos a quienes no militan en sus filas y que indujo a los rojos a cometer tantos crímenes, fué erigido en instrumento de gobierno por los insurrectos. Y así fueron muertos varios sacerdotes de nuestra diócesis, otros sufrieron cárceles, otros fueron internados en campos de concentración, muchos fueron desterrados y en el destierro continuaban todavía después de casi nueve años. No pocos se vieron obligados a huir ante la persecución totalmente

arbitraria que los jefes insurrectos habían desatado contra los clérigos que no eran de su agrado».

Nadie negará el valor moral de tan importante testimonio. El Obispo de Vitoria reconoce que lo que fueron excesos de las masas en el campo republicano, fué erigido en instrumento de gobierno en el campo rebelde. Bueno será que se repita hasta la saciedad, ya que los francofalangistas en sus recientes propagandas aparentan olvidarlo. Solo en las provincias vascas cuatrocientos sesenta y seis sacerdotes fueron fusilados, encarcelados, o tuvieron que huir de la España francofalangista. Y hay una fotografía, sobradamente

conocida, hecha en el patio de la cárcel de Carmona, donde aparece nuestro compañero Besteiro rodeado de sacerdotes vascos, cumpliendo, como él, la condena impuesta por Franco. Otro testimonio irrefutable de que para el régimen, no es buen católico quien no sea además y sobre todo francofalangista.

Después de la guerra civil, la Iglesia ha seguido identificándose con el régimen. Sus más altos jefes se han convertido en ferocísimos propagandistas del mismo. Al Obispo de Madrid, Monseñor Eijo y Garay, se le ha llamado el «obispo falangista» por su competencia con Falange, como se le llamó «obispo azul» por la cantidad de bendiciones que concedió a la División de ese nombre. Ese mismo obispo, en un rasgo de evangélica piedad, prohibió que en la capilla de la Embajada francesa en Madrid se dijese misa y se otorgasen sacramentos a los franceses enemigos de Vichy.

El obispo de Orense, Monseñor Blanco Najera, se ha distinguido por el contenido político y el tono violentamente agresivo de sus pastorales. El 14 de septiembre de 1945 replicaba a los acuerdos de Postdam. El 23 de diciembre del mismo año se revolvía contra lo que él llamaba «provocación» de las Naciones Unidas, contra «la intervención extranjera» en los asuntos españoles. El 2 de septiembre de 1945, el Cardenal Primado afirmaba la posición adoptada por la Iglesia en 1937. Y todavía este año de gracia de 1953, al conmemorar el aniversario de la sublevación, diez y siete años después, el Arzobispo de Valencia, Monseñor Olañete, que, por otra parte, ha tenido para con el problema de los salarios una actitud correcta, ha pedido a sus feligreses que mantengan vivo, más vivo que nunca, el espíritu del 19 de julio. ¡El espíritu del 19 de julio! Es decir, el espíritu de la Cruzada. Esto es, guerra a muerte contra los «herejes» y contra los discrepantes.

No es de extrañar, pues, que estos principios de la Iglesia, bien cuidados de cobrárselos con creces. La Iglesia es, desde luego, uno de los grandes sostenedores del régimen; pero el régimen, a su vez, está dominado por la Iglesia. Recuérdese que el régimen franquista se definió a sí mismo, al principio, de este modo: «El Estado español, nacido bajo el signo de la unidad y de la grandeza de la Patria, es un instrumento totalitario al servicio de la Patria. Es, fundamentalmente, nacional-sindicalista y representa, en todos sus aspectos, una reacción contra el capitalismo liberal y contra el materialismo marxista.» Pero muy pronto, el «glorioso Movimiento» se descubrió a sí mismo nuevas virtudes y declara que su doctrina es «una interpretación católica de la vida», «la sublevación no ha sido una rebelión política, sino una Cruzada». Más tarde, cuando el 3 de junio de 1947 aprueban la llamada ley de Sucesión en su artículo primero se dice que «España, como unidad política, es un Estado católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino».

España, pues, es un Estado católico y el Movimiento francofalangista una interpretación católica de la vida. En función de esas dos afirmaciones se irá organizando la teocracia que arroja al pueblo español.

El 7 de junio de 1941 se llega a un acuerdo con el Vaticano para el nombramiento de obispos. La cosa parece sin importancia. Es volver a la facultad del Estado español de presentar candidatos. No tendría importancia, en efecto, el acuerdo, si se hubiese limitado a eso; pero en el artículo 6 se dice que «el Gobierno español se compromete a establecer lo antes posible un nuevo Concordato para realizar así su deseo de restaurar el sentimiento católico de gloriosa tradición nacional». Y «venturoso» —añade el artículo 9—, mientras se llega a la conclusión de un nuevo Concordato, el Gobierno español se compromete a cumplir las disposiciones contenidas en los

cuatro primeros artículos del Concordato de 1851. De momento, el Vaticano no quería más. Tenía bastante. Podía esperar.

¿Qué dicen esos cuatro primeros artículos del Concordato de 1851? En primer lugar, el Concordato que la República denunció en 1931. En esos artículos se declara que «la religión católica, apostólica y romana continúa siendo, con exclusión de todas las demás, la religión de la nación española» —artículo 1—, religión que se conservará además siempre en todos los dominios de Su Majestad Católica. Se dice en el artículo 2 que la enseñanza en las Universidades, colegios y escuelas públicas y privadas de toda clase, se ajustará a los principios de la religión católica. Y que no se pondrá impedimento alguno a las autoridades eclesiásticas para que puedan cumplir con su deber de velar por la pureza de la doctrina, la fe, las costumbres y la educación religiosa de la juventud.

Las autoridades del Reino —dirá el art. 3— prestarán protección a los ministros del Señor y apoyarán a los obispos cuando éstos pidan se terminen las campañas o acciones susceptibles de pervertir a los fieles o de corromper las costumbres. Lo mismo sucederá cuando soliciten la no publicación, introducción o circulación de libros nocivos. Y, por último, el art. 4 establece que los obispos y el clero de sus diócesis gozarán en el ejercicio de su ministerio y de su autoridad eclesiástica, de la plena autoridad que les otorga y reconoce el Derecho canónico.

Después de conocer el contenido de los cuatro primeros artículos del Concordato de 1851, restablecidos oficialmente por el Convenio de 7 de junio de 1941, se comprende que el Vaticano, de momento, no pidiese nada más. Podía esperar hasta la conclusión del nuevo Concordato en el que, como se dice humildemente en el preámbulo, se «reanudarían» los convenios anteriores y se «completarían». Durante la espera, en España no se ha legislado nada sin la aquiescencia de la Iglesia. Puede decirse que todos los aspectos de la vida española, por obra y gracia del Caudillo, se han convertido en materia concordada.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, la Iglesia, unas veces directamente, y otras por intermedio de ese nuevo ejército de ocupación que son los 350 mil miembros masculinos y femeninos de la todopoderosa «Acción Católica» se ha ido filtrando en los ministerios, en todos los organismos del Estado, en la industria, en la banca, en el comercio, en la prensa, en el teatro, en el cine... desalojando cada vez más a la propia Falange, un día su rival. En España se hace lo que la Iglesia quiere. La Falange ha sido vencida por la Iglesia.

Así, una simple orden ministerial de 8 de marzo de 1939, anuló todos los matrimonios que no habían sido contraídos católicamente. Los jueces municipales más celosos se niegan a extender certificados de la partida de nacimiento, si el interesado fué inscrito en el registro civil con un nombre que no figure en el santoral de la Iglesia. Los presupuestos del Estado han visto incrementarse año tras año en proporciones considerables las partidas destinadas a culto y clero. Hace un año, se enviaban proclamando haber gastado más de mil millones de pesetas redimiendo y construyendo catorce catedrales, mil doscientas setenta y seis iglesias, sesenta y nueve conventos, catorce capillas, dieciocho ermitas, doce seminarios...

LA GRAN BATALLA DE LA ENSEÑANZA

PERO la gran batalla, la batalla decisiva, la ha dado la Iglesia con motivo de la enseñanza. La ha dado y la ha ganado. Cuando el pobre Ibañez Marin, creyendo que era ministro de verdad, se le ocurrió anunciar públicamente que iba a promulgar un Estatuto de la Primera Enseñanza, no tardó en recibir una llamada del Cardenal Primado, Ibañez Marin fué a Toledo, donde hubo de aguantar la reprimenda del Cardenal. «Había olvidado el ministro

por ventura que no se podía legislar en material alguna, pero mucho menos en cuestiones de enseñanza, sin recibir órdenes de la Iglesia? Y la Iglesia, esta vez por boca del Cardenal Plá y Deniel, le dijo que no querían monopolizar la enseñanza, pero tampoco hacer dejación de los derechos que la Iglesia tiene; que la nación española es católica; que la Iglesia es una «sociedad perfecta» y, por tanto, sus instituciones no pueden ser consideradas como privadas; que la Iglesia tiene que velar por la formación moral e intelectual de la infancia y de la juventud... Era el mes de julio de 1943. El pobre Ibañez Marin se olvidaba que dos años antes se había firmado el Convenio con el Vaticano. Y cuando el 17 de julio de 1945 se aprueba el Estatuto de Primera Enseñanza, lo que se aprueba es el Estatuto que ha permitido la Iglesia. La Iglesia consigue, en orden a la primera enseñanza, mayores privilegios que los que tuvo durante la monarquía al amparo del Concordato de 1851, que estableció por encima, aunque pareciera increíble, de la Constitución, que era de 1876. «La enseñanza primaria —dirá el artículo 5 del Estatuto— se inspirará en el catolicismo y en las tradiciones españolas; será siempre conforme al dogma y a la fe católica y de acuerdo con lo que prescribe el Derecho canónico.» Sentada (Termina en la tercera pag.)

De la España irredenta

Por esos pueblos

HE venido de un pueblo de Extremadura y he pasado por otros de la serranía en la Andalucía alta, pueblos que andan a puñetazos con las necesidades. Calles empedradas, la mayoría de tierra, pocas casas de dos pisos y lo demás casucas miserables. Ahora sí, una Iglesia con su torre pimpante, con blancura de hielo, materialmente impermeable al dolor humano. Sus habitantes viven de las faenas del campo y viven andrajosamente, sus estomagos se encharcan de gaza-pacho, beben algo de vino y como plato fuerte entretienen el hambre con unas pocas patatas, garbanos y judías. La chiquillería juega en el arroyo y llora pidiendo pan, y los pequeños de más corta edad, con un agujerito harapo para cubrir sus carnes o completamente en cueros, sufren el asedio de las moscas que en ellos se posan vorazmente. En lo que se refiere a la parte espiritual, están atendidos y más que suficientemente. El cura —el de ahora, no el antiguo proletario de manteos descoloridos, de ala de mosca—, con la curva de la felicidad bien pronunciada, tiene instalado un altavoz en la plaza principal en donde se alza el Ayuntamiento con el vergeo y las flechas, y desde allí dice su voz evangélica todos los días y a todas horas hablando de Dios y de la dominación roja. No se ha olvidado levantar la consabida Cruz de los Caídos, que no posee otra virtualidad que mantener siempre sangrante la herida de la guerra civil. Por tierras de Jerez de los Caballeros y de Cazalla hay dos pueblos insignificantes, aldehuelas yo les llamaría, y cuyos nombres por muchas razones yo no debo mencionar, que no entendieron nunca de política. Vio la República e izaron la bandera republicana como antes la monarquía. Pero con el Movimiento llegaron falangistas de Badajoz y de Sevilla e hicieron una «limpia» que costó la vida a unos cuantos desgraciados. Y esos son los únicos caídos que no tienen Cruz. Sin embargo la Cruz política tiene su pie en una lápida en donde se lee: «Caídos por Dios y por España. ¡Presentes! Allí se abrió una herida sin justificación. Y esos pueblos recuerdan aquellos días terribles con honor. Miles de estos hay en España.

A Víctor de la Serna, que anda con su bordón peregrino descubriendo a España, bien repletos sus alforjas de lirismos, con una prosa fluida y con toda la gama de colores, cantando las bellezas de la naturaleza en una trova barroca de la gesta histórica, se le debiera invitar a que diera a conocer esa otra España mártir con la que no se cuenta en estas épocas de dictadura franquista. Ya vendrá el día en que habrá que historiar el Movimiento para que España se dé perfecta cuenta de esa calle de la Amargura que tuvieron que recorrer los pueblos españoles llevados a empujones por obra y gracia de los «hombres sin nombres» de la «Iberia de El Pardo», según acertada frase de Indalecio Prieto.

Este panorama agobiante y desconsolador no impresionará a los extranjeros que en plan turístico nos visitan. Los que llegamos a Sevilla —dejando aparte que les desvalían los coches en plena plaza de San Francisco o les roban las carteras en las calles de las Sierritas de Tetuán porque a la

política lo que más le interesa es el control de masones o socialistas—, se encuentran con una «ciudad alegre y confiada», paradigmas de otras y otras de la península. Lo que ven es una Janja muy bien presentada. Todo es rebosante y grandioso. Los jamones ya no caben en las tiendas. Los comercios ofrecen una presentación fastuosa. Y los Bancos poseen palacios de nueva planta que abarcan manzanas enteras. Por las calles, en los desfiles religiosos, que se son continúos, se exhibe el oro y la pedería, exponente de la soberbia y la vanidad de la Iglesia. Teatros y cines de estílo moderno, bares de «cachets europeo» y desfiles militares con el paso de la oca leman, aturden al extranjero, que saca la impresión de que España marcha. Claro está que algunas veces, pocas, la pobreza irrumpe y los despierta de su sueño azul.

Las clases pudientes españolas —señoritos chulapos y niñas históricas—, se encuentran en el mejor de los mundos y nada saben de la triste realidad. Para ellos el pueblo —la masa, la plebe, el «Phanag» y la canalla, como yo he oído decir a uno de estos de cruz y pistola—, no tiene por qué acercarse al festín de la vida. Y como ha de haber pobres, han de pasar hambre y frío, porque esa ha de ser su condición. Se sienta como dogma político que las clases inferiores, que son las que levantan los palacios con su trabajo y arrancan de la tierra con su sudor los productos, no pueden esgrimir su derecho a tomar parte en el gobierno de la sociedad. Han de remar y morir remando. Los estratos superiores son los gobernantes, los que deben dictar.

Y con estos conceptos bárbaros se desliza aquí la vida: pueblos que viven agonizando en su desdicha, sectores sociales tan hueros de sentimiento como Henos de bienestar, un subsuelo que hierve de indignación y muchas Cruces de los Caídos que marcan los hitos de un camino de crímenes...

Y es esa España hecha por Franco la que quiere codearse con los países democráticos, como si el fascismo no hubiera tenido su suerte en Nuremberg.

Pedro CRESPO

Sevilla.

38 CONGRESO INTERNACIONAL ESPERANTISTA

En la ciudad yugoslava de Zagreb (Croacia) se ha celebrado hace pocas semanas el 38 Congreso internacional de esperantistas. Participaron en esta gran asamblea unas 1.800 personas, procedentes de los más diversos países del mundo.

Entre otras intervenciones dignas de ser registradas, cabe anotar las del primer ministro del Estado autónomo de Croacia, del alcalde de Zagreb y de los representantes de los Gobiernos de Australia, Bélgica, Holanda, Noruega, Suecia y Austria, todos los cuales se expresaron en Esperanto.

También el presidente de Yugoslavia, mariscal Tito se expresó en esta lengua auxiliar internacional al recibir a una delegación de congresistas.

La Unesco estaba representada en el Congreso por un delegado observador.

Alternando con las sesiones, hubo conferencias universitarias sobre diversos problemas técnicos y sobre las experiencias federalistas norteamericanas y suizas.

El secretario internacional permanente de estos Congresos es el señor O. Steward.

El idioma auxiliar inventado por el doctor Zamenhof es hablado actualmente por más de 16 millones de personas en el mundo entero.

Fraternidad proletaria

Impresiones de un viaje a Alemania

AL iniciarse el período de vacaciones de verano, el Sindicato Obrero Textil alemán envió una comunicación a nuestra central sindical UGT ofreciendo tres plazas para que tres de sus afiliados pudieran pasar quince días en Alemania en una colonia que dicho Sindicato posee en propiedad y que es capaz de albergar a un centenar de visitantes.

En el centro del parque hay una piscina, acondicionada para la natación; varios rilleros para jugar al basket-ball; cercano todo ello con una plantación de pinos de una superficie de dos hectáreas.

En las noches de los lunes, después de cenar, se hace excursión para ir al cine en la ciudad de Dortmund, a 40 kilómetros de distancia; los miércoles y jueves, después de la primera comida, se organizan jiras, con recorrido de unos 200 kilómetros, a la capital del turismo denominada Ba-Perimont, ciudad totalmente moderna y muy bonita.

Durante los doce días de estancia en Alemania hemos visitado cuatro grandes urbes: Bab-Perimont, Duisburgo, Dortmund y Dusseldorf. Habiendo observado la vida del obrero en Alemania, parece regular: trabaja 48 horas por semana, ganan un salario de 12 marcos por día de labor, lo que hace unos 150 francos franceses por hora según el cambio actual. La vida en general, exceptuando los llamados «artículos de lujo» como

otro local con juegos de diversión.

uno de los edificios de la residencia veraniega del Sindicato Obrero Textil Alemán, en Beverungen-Weser

eseldorf el compañero José Tapias, de Mazamet, y el que suscribe. No esperaba en el andén un camarada del Sindicato Textil alemán. Con la consigna que se nos había dado en el Bureau Alemán de P.O. instalado en París, fuimos reconocidos inmediatamente. «Españoles! Respuesta afirmativa. Fuera de la estación nos esperaba un coche para conducirnos a Beverungen-Weser, lugar de residencia que se nos había indicado. Esperábamos allí el compañero director del establecimiento y la administradora, señorita Valli. Nos hicieron subir al primer piso. A la entrada, un espacioso salón de lectura, continuado por un corredor con 18 habitaciones confortables instaladas a la moderna. Las nuestras tienen amplias ventanas al jardín, frente a la piscina. Nos mostraron los locales. Sala de baños, duchas, etc.

Bajamos al comedor, donde hicimos el primer banquete. Diéronnos el horario de los servicios: a las ocho de la mañana, desayuno; a las doce, primera comida, muy abundante; a las tres y media de la tarde, café y pastas; a las siete y media, segunda comida.

La Casa Residencia consta de dos pabellones grandes; uno está destinado a los mutilados e inválidos de la industria textil, con capacidad de 40 plazas; son acogidos gratuitamente. El otro pabellón tiene dos pisos, con capacidad para 60 plazas. En la planta baja se halla instalada una escuela primaria para hijos de los obreros de la industria textil, un salón de recreo, dos salones que sirven de comedor y

el café, licores, perfumes, etc., resulta más barata que en Francia.

La señorita Villi nos informó de que por cada día de estancia en nuestro establecimiento el Sindicato nos daba tres nuevos para que pudiésemos comprar algunos objetos, e hicimos entrega de 30 marcos en el día siguiente al de nuestra llegada. El 31 por la mañana nos, dió 12 marcos, importe de nuestra estancia en Dusseldorf, como fin de viaje, pasando libremente la jornada en esta ciudad, con visitas al parque, a la Exposición, al puerto fluvial, etc. Nos parecieron tales lugares cosa de maravilla.

En la noche del 30 vino a visitarnos y despedirnos el presidente del Sindicato, compañero Bock. Nos dijo que día siguiente saldríamos para Dusseldorf, donde seríamos atendidos por su secretaria, que hablaba español, la cual nos conduciría a través de la ciudad.

Quedamos admirados de la forma en que se desenvuelve el obrero alemán y del funcionamiento de los Sindicatos en este gran país. Sólo nos queda haber podido visitar alguna que otra fábrica de tejidos, que indudablemente está n montadas muy a la moderna. No podemos, pues, dar impresiones sobre este punto. De todas maneras, hemos regresado muy contentos de este viaje y muy agradecidos a los compañeros del Sindicato Textil por la gentileza y el simpatía de atenciones que nos hicieron objeto por parte de ellos en todo momento.

Montserrat MAS Castres.

Yugoslavia, tierra de experiencia

EN el año pasado Jules Moch publicó, bajo el título «Confrontaciones», un libro de quinientas páginas que constituye la exposición doctrinal y realista del Socialismo contemporáneo más lúcida y mejor documentada que un francés haya escrito desde el fin de la guerra.

Entretanto, el ex ministro de Defensa Nacional no ha quedado inactivo: su voluminoso informe sobre el tratado de la Comunidad Europea de Defensa ha tenido por efecto, a su simple anuncio, inhibir a la Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea Nacional.

Y he aquí que aparece bajo la firma de Jules Moch un grueso volumen sobre Yugoslavia que nos presenta el cuadro más preciso y más completo que existe a la hora actual.

Es obra de un observador en el que la penetrante mirada, el sentido crítico y la voluntad de simpatía se concentran constantemente en el testimonio más comprensivo y más imparcial. El autor pasó varios meses, en 1952, en la República de Tito. Tuvo con éste, con los principales dirigentes del régimen, y también con militantes de todos los grados, ingenieros, obreros, campesinos —y con opositores y esperanzados—, una serie de entrevistas y conversaciones que le han ayudado a interpretar exactamente la realidad que ha tenido ante sus ojos.

La obra está compuesta de cuatro partes, tituladas «Para comprender», «Experiencias económicas», «Experiencias políticas», «Los hombres y la vida». Cuarenta páginas de anexos, que se refieren a la historia de Yugoslavia en